

Turismo y Poder

De la *lucha* por la seguridad a la lucha por el poder *político*

Olivier
Dehoorne

Universidad de las
Antillas y de Guyana –
GEODE Caribe
dehoorneo@hotmail.com

DURANTE LA ETAPA de fuerte crecimiento del turismo internacional que caracterizó a los últimos decenios del siglo xx, los países del Sur, periferias turísticas de los grandes focos turísticos, se han venido integrando progresivamente al espacio turístico mundial. La caída del muro de Berlín, la apertura de China, la integración de la África del Sur post-*apartheid*, son otros tantos símbolos que han conferido una nueva dimensión al espacio turístico mundial. Sin embargo, el nuevo contexto geopolítico que marca el inicio del siglo xxi, con los atentados del 11 de septiembre de 2001, las guerras del Medio Oriente y la difusión de un terrorismo internacional en los márgenes de las regiones occidentales, especialmente en ciertos lugares turísticos (Djerba, Kuta, etc.), señala una nueva fase en la historia del turismo: a la difusión general sucede una fase de integración selectiva, así como de olvido de otros territorios que parecen convertirse en agujeros negros dentro del sistema turístico mundial.

Más que nunca, los lugares turísticos emergentes parecen cristalizar las luchas por el poder: para los gobiernos locales, son escaparates de la nación, así como territorios internacionales fuentes de divisas, dotados de leyes particularmente tolerantes (como en Kuta). Asimismo, ciertos gobiernos utilizan este argumento del “turismo como motor del desarrollo” para lanzarse a la conquista de márgenes territoriales inestables, como en el sur de Filipinas, donde los establecimientos turísticos abren ciertos territorios “de riesgo” con el apoyo de la logística militar que les brinda seguridad. De ahí que para los oponentes de todo tipo –tanto de los movimientos pacifistas, como de los movimientos más violentos–, estos lugares revistan un elevado valor estratégico para actuar y transmitir su mensaje a escala internacional. Los lugares turísticos y, de manera muy particular, estos lugares emergentes –a escala de la historia del turismo– son, por consiguiente, objeto de exacerbadas luchas políticas.

PALABRAS CLAVE: turismo internacional, poder, seguridad, luchas por el poder político, enclave turístico, países en vías de desarrollo.

TURISMO Y PODER. DE LA LUCHA POR LA SEGURIDAD A LA LUCHA POR EL PODER POLÍTICO

El enfoque geográfico del turismo, a través del análisis de flujos y de las lógicas de funcionamiento de los lugares turísticos, permite entablar una reflexión acerca de los objetivos políticos que en ocasiones acompañan, e incluso rigen, el desarrollo de este sector de actividad.

La historia reciente, desde la conclusión de la guerra fría hasta “la era de la globalización” (Castells, 1999), marcada por el final de la oposición entre las dos superpotencias que dominaron la segunda mitad del siglo xx, es escenario de nuevos conflictos que obedecen a motivaciones diversas y clásicas –el dinero y el control sobre los recursos, las ideologías que se valen de creencias religiosas, y ciertas estrategias de poder desarrolladas por individuos o

grupos de hombres ambiciosos—. Las muy desiguales correlaciones de fuerzas se materializan a través de conflictos asimétricos —es lo que ciertas fuentes califican como “guerra del terrorismo”— en un “mundo del caos” (Todorov, 2003). Los flujos turísticos no son insensibles a este nuevo contexto internacional; la volatilidad de los turistas, fenómeno frecuentemente denunciado, debe analizarse a la luz de estas nuevas realidades; y los mismos lugares turísticos se adaptan y se anticipan a estas evoluciones. En los países en vías de desarrollo, estos lugares suelen ocupar un sitio privilegiado, debido en particular a la modernidad que simbolizan, una modernidad que las autoridades pretenden convertir en escaparate para el país. Pero estos lugares, reflejo de sociedades altamente segregadas, a menudo discriminatorias, con fuertes desigualdades, también pueden constituir el blanco favorito de las reivindicaciones políticas (por ejemplo, a través de acciones terroristas). Más que nunca, el turismo se encuentra hoy en día en el centro de las luchas por el poder.

Recordemos que el turista es una persona que se desplaza libremente por motivos de placer y de diversión. Este consumidor que se encuentra de vacaciones escoge su destino, aunque, claro está, puede verse influido: su información, su conocimiento de los lugares, permanecen superficiales. En lo esencial, los turistas internacionales pertenecen a las sociedades más ricas (Europa, Norteamérica, Asia del Noreste) y a algunas élites de los países en vías de desarrollo: este turismo internacional abarca al 11% de la población mundial (700 millones de llegadas internacionales en el año 2000, frente a 25 millones unos cincuenta años antes, o sea, el 1% de la población mundial en aquel entonces); si adoptamos definiciones más estrictas, podemos considerar razonablemente que el 6% de la población mundial participa efectivamente en el turismo internacional (Dehoorne, 2002).

Los datos utilizados son las cifras de la Organización Mundial del Turismo. Pese a sus límites e insuficiencias (en particular porque asimilan flujos de tránsito o transfronterizos, visitantes internacionales con motivaciones tan disímiles como los migrantes sin permiso de trabajo o de retorno a su país, los peregrinos u otros viajes de negocios), estos datos constituyen una base relativamente homogénea para analizar las tendencias, a sabiendas de que los resultados sobreestiman el fenómeno: los visitantes que se desplazan “por placer, para distraerse o para vacacionar” —es decir, los turistas en sentido estricto— sólo representan el 62% de las personas así registradas en el año 2000 a escala mundial.

Finalmente, el término “poder” se utiliza en una acepción bastante lata, que no se limita por lo tanto a las órdenes de los Estados establecidos (con sus aparatos jurídico, legal, etc.). Los mecanismos son más complejos, como lo analiza Foucault (1994): “el poder se ejerce a través de procesos de dominación que son muy numerosos” y “estas relaciones de poder llegan, pese a su complejidad y diversidad, a organizarse en una especie de figura global”.¹ En el marco del presente estudio, estas relaciones de poder se refieren a un aparato de Estado, a una clase social, a un grupo de individuos unidos a través de una ideología común, e incluso a un individuo, cada uno de los cuales pretendiendo ejercer su dominación a nivel local. Los grupos que anhelan dominar se centran en los sitios fuente de poder, los puntos estratégicos que permitan socavar los poderes establecidos. Ahora bien, en el meollo de estas relaciones de poder se encuentran precisamente los sitios turísticos, en particular los sitios

Ahora bien, el turista
se desplaza en un
mundo en paz:
pacífico o pacificado
(...)

turísticos emergentes, debido a su constante vaivén de hombres y mujeres, a sus flujos financieros, al lugar preeminente que ocupan en el escenario internacional. Y la inestabilidad generada por esas tensiones en torno del poder ofrece a los poderes dominantes la ocasión de instrumentar políticas de seguridad –situándose esta última por encima de las leyes (Foucault), con mayor razón aun en el marco de gobiernos carentes de toda tradición democrática.

LAS NUEVAS FRONTERAS DEL TURISMO INTERNACIONAL

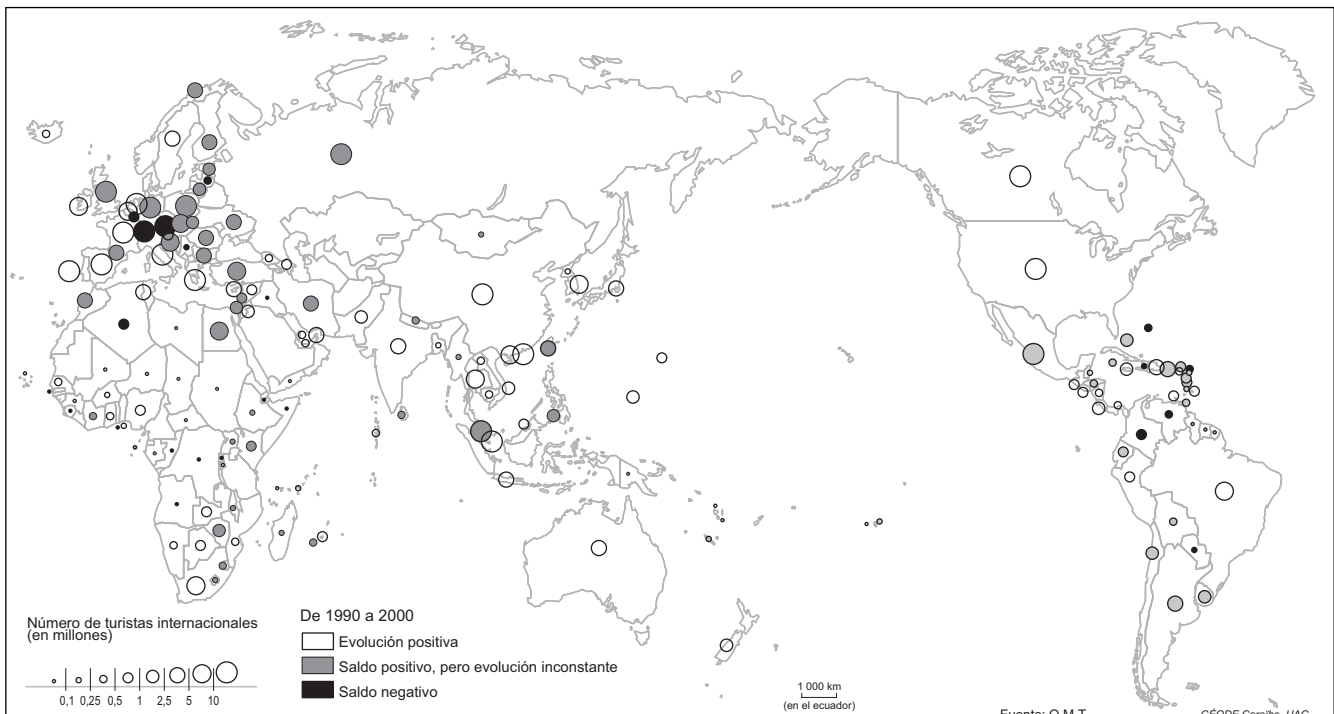
La segunda mitad del siglo xx fue particularmente propicia para el desarrollo del turismo en general, y del turismo internacional en particular, debido entre otros motivos al enriquecimiento de las sociedades, a la democratización de las prácticas y a los progresos tecnológicos, especialmente en el ámbito de los transportes. En el transcurso del año 2000 viajaron a través del mundo 697.6 millones de turistas; estos desplazamientos de vacacionistas consumidores también van acompañados de importantes flujos financieros: el turismo internacional genera el 12% del PNB mundial y emplea, directa o indirectamente, a más de un activo de dieciséis.

Las conquistas del turismo internacional

Al lado de las regiones receptoras dominantes, establecidas desde hace mucho tiempo –como Europa, principalmente la Europa mediterránea, ciertos destinos norteamericanos–, a lo largo de los últimos decenios la difusión de los flujos ha venido dibujando nuevas lógicas en beneficio de espacios periféricos y nuevos destinos que han suscitado importantes esperanzas en torno de esta actividad. Hasta finales de los años noventa, los límites del espacio turístico se ampliaron constantemente, se trataba de ir cada vez más lejos.

Tan sólo en el transcurso de la última década se contabilizaron 268 millones de turistas suplementarios –un dato que, por cierto, debe relativizarse, habida cuenta de las nuevas fronteras internacionales surgidas a raíz del final de las repúblicas socialistas en Europa

Mapa 1. El turismo en el mundo (evolución 1990-2000)



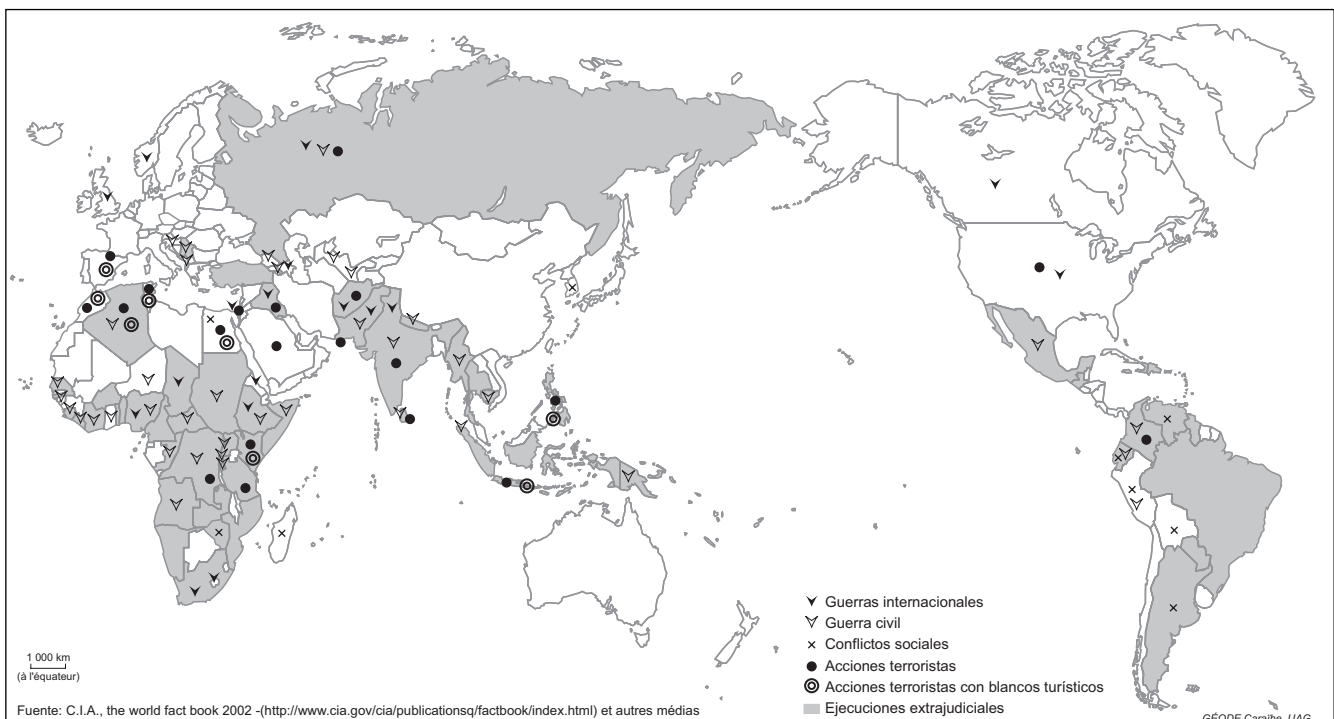
oriental: un eslovaco que viaja a Praga ahora forma parte del turismo internacional (Williams y Balà, 2002)–. Entre estos símbolos, la caída del muro de Berlín, con la reunificación de Alemania y el final de las democracias socialistas en Europa central y oriental, han provocado un cambio radical en las lógicas turísticas que prevalecían en estas regiones. Los intercambios de turistas relativamente modestos entre países hermanos, han cedido el lugar a una liberalización del mercado. En este nuevo contexto, algunos países experimentan una notable progresión de su actividad, como Polonia (17.5 millones de visitantes internacionales en el 2000, frente a 3.4 diez años antes) o la Federación Rusa (más de 21 millones en el 2000, lo cual significa que el número de visitantes se duplicó en cinco años).

Asimismo, ha sido muy notable el ingreso de otros grandes territorios al mercado internacional, como África del Sur y China. La África del Sur post-*apartheid* es hoy en día la nación africana más visitada (6 millones de turistas en el 2000) y desempeña un papel motriz para la África austral. China, que durante mucho tiempo fue un inmenso territorio vedado al turismo (únicamente 17,877 visitantes extranjeros en 1965), se está imponiendo en el mercado mundial: más de 31 millones de visitantes en el año 2000 para la China continental, 13 millones en Hong Kong y 6.7 en Macao –estos datos incluyen también flujos “transfronterizos” entre las tres entidades, a las que la OMT sigue considerando como independientes unas de otras–. Subrayemos que la represión de las manifestaciones en la plaza Tienanmen, que puso fin a las protestas de la primavera de Pekín en 1989, no perturbó el ascenso turístico del país en el escenario internacional.

El campo de los territorios abiertos no deja de ampliarse, las formalidades aduaneras se simplifican. Entre los últimos descubrimientos del sistema turístico figuran ciertos Estados como Jordania (de 0.5 millones de turistas en 1990 a 1.4 en el 2000), e Irán (de 154,000 a 1.7 millones), o ciertos “baluartes” como Cuba (1.7 millones en el 2000), Laos y Camboya (con 14,000 y 17,000 visitantes en 1990, respectivamente, frente a 300,000 y 466,000 en el 2000), e incluso Corea del Norte (más de 250,000).

En este contexto, la parte relativa acumulada de los veinte primeros destinos pasó de 73.4% en 1990, a 69.3% en el año 2000. Si bien éstos recibieron a más de 480 millones de visitantes internacionales en el año 2000 –lo cual representa una progresión de 3.5% en un

Mapa 2. Conflictos y tensiones en el mundo (1997-2000)



decenio, para un incremento de 150 millones– su crecimiento es inferior al promedio mundial (+4.5%). Sin poner en entredicho los predominios establecidos, el balance de la década 1990-2000 revela una mayor difusión a escala planetaria. Sin embargo, a pesar de esta tendencia los flujos turísticos continúan encontrándose distribuidos de manera muy desigual a escala mundial. El espacio turístico se torna más complejo: al lado de las permanencias, su extensión espacial genera difusiones periféricas a partir de las cuales se estructuran nuevos lugares turísticos.

El tiempo de las incertidumbres

Esta expansión optimista ampliamente sugerida por las previsiones de la OMT, apoyada por los inversionistas y fortalecida por los gobiernos de los países en dificultades que necesitan creer en el milagro turístico y convencer a sus poblaciones de sus beneficios, se enfrentó a simples realidades políticas hasta entonces ignoradas o subestimadas. A la primera fase de conquista, de difusión de los flujos en todas las direcciones, sucedió un nuevo periodo de racionalización. El turista tuvo que confrontar las duras realidades políticas tanto internacionales como internas. La voluntad política de abrir nuevos territorios al turismo no siempre iba acompañada de los medios necesarios para ello, en especial en aquellas sociedades particularmente vulnerables a la violencia y a la criminalidad, por ejemplo. Una nueva fase se perfiló desde mediados de los años noventa. Al desvanecerse la frontera entre la ideología capitalista y la ideología comunista, que parecía polarizar los problemas del mundo, surgió un mundo complejo, con una multitud de fuentes de conflictos entrelazados y de distinta índole. El turista se vio obligado a revisar su representación del mundo. El atentado de Luxor, en octubre de 1997, fue uno de estos hitos que anunciaron dicho cambio en la historia del turismo internacional: desde entonces quedaron de manifiesto los límites de ciertos destinos, y en ocasiones su fragilidad en un contexto de deterioro más general. Las esperanzas albergadas durante los primeros años de la independencia cedieron el paso al realismo, y con frecuencia al pesimismo, ante el deterioro de una cotidianidad de por sí muy frágil. Estas realidades obligaron a reconsiderar los límites del espacio turístico mundial. Ya no se trataba de utilizar cifras oficiales, sino de integrar las realidades observadas y experimentadas por los visitantes extranjeros (falta de higiene, inseguridad alimenticia, desórdenes urbanos, prácticas inquietantes por parte de las fuerzas policíacas o de ciertos grupos paramilitares, decadencia de ciertos Estados).

Algunos signos anunciaban estos nuevos límites, tales como la progresión del islam en Argelia desde los años noventa: el Sáhara argelino se convirtió entonces en un espacio “de riesgo”, se cancelaron ciertas líneas internacionales, junto con el aeropuerto de Ghardaïa –lo mismo que varias líneas africanas, con el pretexto oficial de rentabilizar el tráfico–. Y los últimos episodios de turistas europeos secuestrados en el Sáhara en febrero de 2003 y mantenidos en cautiverio durante cinco meses vinieron a recordar al público en general “la exclusión” de este espacio de las lógicas turísticas mundiales. ¿Deberían las autoridades inaugurar convoyes turísticos con fuertes escoltas militares, similares a las fórmulas egipcias? En tales condiciones, los turistas se encuentran entre dos fuegos: por una parte, los poderes oficiales que pretenden defender su imagen y recuperar divisas, y por otra los movimientos de oposición que los perciben como blancos susceptibles de debilitar los objetivos de los poderes establecidos.

Ahora bien, el turista se desplaza en un mundo en paz: pacífico o pacificado. Este individuo, que también se desplaza en familia, no va en pos de vivencias imprevistas, incontrolables, que salgan del marco de su proyecto inicial: llega al país de acogida con su billete de avión que lleva la fecha de su retorno. De ahí que la seguridad en sentido lato sea un criterio importante en el momento de seleccionar su destino.

Así, cuando ocurren graves problemas internacionales, como las últimas guerras en Irak, los flujos turísticos se retraen inmediatamente en beneficio de las regiones más estables, en particular los destinos europeos. A este respecto son significativas las primeras consecuencias

de los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001: la actividad internacional se retrajo inmediatamente, registrando una baja del -10.9% entre septiembre y diciembre de 2001 (es decir, una pérdida de 9 millones de turistas para la totalidad del año 2001). Sin embargo, este fenómeno afectó de manera desigual a las diferentes regiones del mundo: las reducciones más significativas se localizaron en los Estados norteamericanos y los del Medio Oriente (-8.2% y -8.8%, respectivamente), mientras que Europa sólo experimentó una leve recesión (-0.7%) y que el crecimiento prosiguió en Asia del Sureste (+7.5%).

Ciertos destinos son particularmente sensibles a los acontecimientos internacionales debido a sus antecedentes y a riesgos terroristas o insurreccionales latentes. Se crean y se mantienen amalgamas que mezclan ignorancia y propaganda, y pretenden establecer correspondencia entre ciertos rasgos culturales y religiosos predominantes y determinadas realidades regionales: “islamismo”, “islam”, “mundo árabe”. Importantes medios de comunicación alimentan las ambigüedades, como *Newsweek*, que en su número especial para conmemorar el segundo aniversario de los atentados de Nueva York yuxtapone las fotos de las ruinas del World Trade Center con un mapa del islam en el mundo. En su afán de deslindarse de los demás países musulmanes, ciertos gobiernos despliegan importantes esfuerzos y entablan espectaculares procesos “para tranquilizar” (como ocurrió en Marruecos durante el verano de 2003).

Evitar y rodear: las lógicas de las nuevas fronteras

Los desplazamientos con fines turísticos se llevan a cabo en un mundo donde reina la seguridad. Se adaptan continuamente ante las crisis internacionales, privilegiando aquellos destinos que ofrecen un máximo de garantías, entre los cuales destaca el propio país. Las nuevas periferias turísticas cuya notoriedad comienza a construirse, siguen siendo las más vulnerables. Inversamente, algunos países aprovechan estas tensiones para imponerse en el escenario internacional como nuevos “remansos turísticos”; tal es el caso, por ejemplo, de ciertas islas del océano Índico, como Mauricio, las Seychelles o las Maldivas. Para hacerse acreedores a este certificado de garantía, los gobiernos tranquilizan a sus visitantes, como el gobierno de las Maldivas, que hace hincapié en los medios instrumentados con el fin de luchar contra el terrorismo (ley antiterrorista de 1990, adhesión a la “Convención internacional para la supresión de los atentados terroristas”, así como a otras siete convenciones internacionales sobre el terrorismo) y declara “que ningún terrorista puede encontrar asilo en el país, ni ingresar al mismo, ni mucho menos llevar a cabo en él sus actividades”.

Otras islas del Caribe han adoptado la misma táctica, como Puerto Rico, Barbados, Santa Lucía, las Bahamas –siendo estas dos últimas conocidas por practicar la tortura y las ejecuciones extrajudiciales–. La situación de Cuba sigue siendo paradójica (1.7 millones de visitantes en el año 2000, frente a 327,000 diez años antes): lejos de las tensiones del Medio Oriente, la isla ha venido experimentando desde hace unos diez años un auge turístico que reposa sobre una frágil estabilidad susceptible de vacilar rápidamente, dependiendo de las declaraciones del vecino norteamericano; más que nunca, la isla parece beneficiarse de una prórroga.

País	2 000 (en millones)	Variación 2000-2001 (en %)					
		Enero-octubre	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre	Año
Egipto	5.116	-5.8	-18.2	-41.8	-54.5	-23.6	-15.6
Jordania	1.427	7	-18.3	-12	-16.1	48.1	3.6
Turquía	9.586	19.5	-5.3	-9.5	-13.5		12.4
Chipre	2.686	6.2	-8.4	-10.3	-19.5		1.1

Cuadro 1. El turismo internacional en algunos destinos “de riesgo” en 2001.

Fuente: OMT

La evolución de los flujos internacionales durante la década 1990-2000 (véase Mapa 1) permite distinguir tres casos representativos:

- Los países cuyo crecimiento no es constante.
- Los destinos en decadencia.
- Los países donde el turismo sigue permaneciendo en un nivel insignificante a escala mundial.

Entre aquellos países donde el nivel de la actividad turística no es constante figuran en particular los destinos considerados como “de riesgo” tan pronto como se presenta la más mínima tensión internacional; tal es el caso del Medio Oriente (Jordania, Arabia Saudita). Dichos estados figuran en la lista de los “países a evitar”, de acuerdo con los consejos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia. Uno de los ejemplos más significativos es Turquía, cuya progresión es muy inconstante, entre los riesgos políticos y los riesgos naturales (como los últimos sismos): después de un primer récord en 1997 (8.1 millones), el país registró dos déficits consecutivos (5.2 millones en 1999), y luego un vigoroso repunte en el 2000 (7.6 millones). El turismo egipcio también es vulnerable, al igual que el de Túnez o de Indonesia. Asimismo, una temporada turística puede verse afectada por disturbios sociales internos (como en Argentina, México, Venezuela, etc.).

En la isla de Sri Lanka las perspectivas turísticas también se ven ampliamente afectadas por el conflicto con los Tigres Tamiles: la frecuentación de la isla, que fluctúa entre 300,000 y 400,000 visitantes según los años, no cesa de oscilar, dependiendo de los atentados y los altos al fuego. Las autoridades aprovecharon inmediatamente el último alto al fuego (el cual duró 18 meses) para instrumentar un plan de reactivación turística (febrero de 2002) dirigido al mercado británico (en particular, con la organización de torneos de críquet).; así, se llegó al medio millón de visitantes en 2003 pero, el movimiento rebelde de los Tigres (*Liberation Tigers of Tamil Eelam*) suspendió las negociaciones de paz con el gobierno srilankés, a raíz de una última escaramuza con el ejército. Este conflicto, que desde hace más de veinticinco años enfrenta a las poblaciones cingalesas y budistas (más del 70%) con los tamiles (hinduistas o musulmanes) ha provocado ya más de 60,000 muertes.

Otros destinos registran una baja constante desde hace unos diez años, como Argelia o Zimbabwe. Los disturbios sociales, las decisiones cuestionables de gobiernos en pos de legitimidad, las oposiciones violentas que operan a veces en la clandestinidad, son otros tantos ingredientes que aíslan progresivamente a ciertos países del escenario turístico internacional. Tal es el caso, por ejemplo, de Colombia, que entre las guerras del narcotráfico y la inestabilidad urbana sólo acogió a 530,000 visitantes internacionales en el 2000 (lo cual representa un retroceso de 30% en diez años), en tanto que países como Chile o Brasil, cuyos niveles de frecuentación sólo eran ligeramente superiores en 1990, han duplicado y quintuplicado sus resultados, respectivamente.

Estas estrategias que consisten en evitar ciertos destinos pueden ser temporales, o bien dar lugar a rodeos más duraderos, quedando excluidos aquellos países que presentan una inseguridad real para el turista, debido ya sea a guerras o a conflictos sociales. Así, con excepción de algunos destinos reconocidos en las costas mediterráneas o del océano Índico, el continente africano recibe muy pocos visitantes (4% del mercado mundial), y en los Estados del África subsahariana el número de visitantes rara vez excede los 500,000 –cifras, que incluyen a los flujos de migrantes de retorno a su país de origen– como en Senegal, Ghana o Tanzania. Más de veinte de estos países desconocen prácticamente el turismo internacional, al registrar menos de 200,000 visitantes –Camerún, Gabón– y con frecuencia menos de 100,000 –Níger, Chad–. Más allá de África también pueden observarse situaciones similares en Asia central –en los márgenes de la ex URSS–, de manera aislada en los Balcanes –Albania y Bosnia-Herzegovina– y en la cuenca del Caribe –Haití, Surinam–.

Un clima social tenso, acciones terroristas, una guerra internacional, son otros tantos acontecimientos que se toman en cuenta para la elaboración de los proyectos turísticos. Si bien

es cierto que el turista posee a menudo un conocimiento insuficiente de los riesgos, extrapolado a partir de los titulares de los medios de comunicación, no tiene motivo alguno para exponerse a situaciones aleatorias. Un destino emergente que realice esfuerzos en términos de promoción, con vistas a atraer nuevos visitantes, debe ser capaz, ante todo, de garantizar condiciones adecuadas de seguridad en general. Más allá de las simples potencialidades turísticas que suelen esgrimirse para realizar inversiones turísticas, la reflexión también debe considerar los medios político-económicos que los Estados se proponen instrumentar con el objeto de garantizar el funcionamiento adecuado de los lugares turísticos.

EL TURISMO EN EL MEOLLO DE LAS LUCHAS POR EL PODER

Un nuevo contexto internacional

El contexto mundial posterior a la guerra fría, caracterizado por la desintegración de la Unión Soviética y la omnipotencia de los Estados Unidos, abre un nuevo periodo para las relaciones internacionales. Ciertos ideólogos califican a esta nueva época como la del “choque de civilizaciones” –a partir de las teorías desarrolladas por Huntington, cuyos análisis cuestionables, aunque ampliamente asimilados y vulgarizados por algunos importantes medios de comunicación, reposan sobre la división de las civilizaciones–. De acuerdo con esta lógica, ciertos poderes se construyen y afianzan sus bases ideológicas haciendo hincapié en factores civilizacionales o culturales, y caricaturizando las oposiciones con el objeto de encubrir conflictos de intereses a fin de cuentas muy clásicos.²

De ahí que sean particularmente vulnerables los sitios turísticos de los países emergentes, que con frecuencia poseen economías precarias y sistemas políticos a veces inestables. Estos lugares cosmopolitas, en donde convergen turistas y trabajadores procedentes de sociedades muy contrastadas, pueden convertirse en blancos privilegiados, como lo ilustra la última serie de atentados: Casablanca en 2003 y Mombasa (Kenya), Kuta (Bali), Djerba (Túnez) en 2002. Observemos que estos actos agrupados bajo el término de “terrorismo” comprenden realidades muy distintas,³ siendo el terrorismo, más que nunca, una forma de guerra que responde a la situación asimétrica de las correlaciones de fuerzas militares en la actualidad.⁴

Acometer el sector turístico puede formar parte de una estrategia tendiente a debilitar el potencial económico del país y a desestabilizar el gobierno, al minar una de sus principales fuentes de divisas. Estos gobiernos confían en el “efecto de palanca” del turismo para sostener sus economías. Las decisiones suelen ser tomadas por los estratos superiores de los poderes e impuestas a nivel local, sin involucrar a las bases: de ahí la existencia de tensiones reales fáciles de explotar. En tales condiciones, el turismo se convierte en elemento clave para la economía y, más aún, para el poder. Particularmente significativo es, a este respecto, el caso de Cuba: las autoridades reconstruyen una imagen nostálgica del país al asegurar su reconversión económica; de ahí que los ataques organizados desde el territorio estadounidense (Miami y Florida) en contra de Cuba apunten hacia las instalaciones turísticas, con el fin de debilitar las bases económicas del país, como ocurrió en el caso del atentado al hotel Copacabana en septiembre de 1997 (La Habana, muerte de un italiano) o, en fechas más recientes, en el caso del sobrevuelo de aviones turísticos que violaron el espacio aéreo cubano para lanzar propaganda y provocar interferencias con las radiofrecuencias de las torres de control de los aeropuertos de La Habana y Varadero, uno de los principales centros turísticos del país.⁵

Hoy en día, ciertos destinos se han vuelto particularmente sensibles a los acontecimientos internacionales, debido ya sea a sus antecedentes y a riesgos terroristas o insurreccionales o bien, simplemente, a tensiones locales (en las cuales predomina el factor religioso, social o político...). En estas condiciones, el problema de la seguridad en los sitios turísticos, y

Los turistas
constituyen un nuevo
blanco del terrorismo,
un blanco muy
destacado en los
medios masivos de
comunicación

especialmente en los destinos emergentes de los países en vías de desarrollo, más vulnerables a causa de sus características locales (pobreza, políticas arbitrarias...), es de vital importancia. El ataque reviste un nuevo significado, con mayor razón si va dirigido contra lugares turísticos particularmente sensibles.⁶

Si bien las acciones terroristas en sentido lato no presentan originalidad alguna, la novedad consiste más bien en la concentración de intereses clave en torno de los sitios turísticos. Los turistas constituyen un nuevo blanco del terrorismo, un blanco muy destacado en los medios masivos de comunicación. Asimismo, estos lugares pueden convertirse en un escaparate para atentados simbólicos, atentados mortíferos o atentados de provocación, destinados a generar procesos represivos, los cuales a su vez son susceptibles de originar nuevos conflictos.

Turismo y lucha por el poder político

De lo local a lo global: un nuevo enfoque de los conflictos

Los intereses que gravitan en torno del turismo en Filipinas son particularmente ricos en enseñanzas. Para contrarrestar las reivindicaciones de las poblaciones de las islas sureñas del archipiélago, quienes desde hace veinticinco años aproximadamente luchan por la instauración de un Estado islámico, el gobierno filipino pretende utilizar el turismo, a la vez como herramienta de desarrollo para estos espacios de mayor pobreza –donde más del 60% de la población no tiene acceso al agua potable– y como medio de control del territorio. La instalación de enclaves turísticos en las islas sureñas separatistas apunta a favorecer su integración al espacio nacional: el turismo va acompañado de nuevas infraestructuras aéreas y de carreteras –para uso de los turistas y los militares–, de la creación de empleos y de nuevos flujos financieros. Por consiguiente, los independistas atacan directamente a los turistas con el fin de atajar este proceso. Pese a las cuantiosas inversiones realizadas, el país permanece al margen de las dinámicas turísticas de la región y no logra superar los dos millones de visitantes.

La situación se ha vuelto aún más compleja con la aparición de un grupo islámico más radical, Abbu Sayyaf, derivado del Frente Moro de Liberación Nacional, autonomista más moderado que había entablado pláticas de paz con el gobierno de Aquino tras la caída del régimen de Marcos, en 1986. El grupo Abbu Sayyaf, entrenado por extremistas árabes, suele recurrir al secuestro de rehenes, a menudo occidentales, en los enclaves turísticos –como aquel de la isla de Palawan– y puede llegar hasta la ejecución de sus prisioneros. La población local apoya a estos grupos bastante ricos que no dudan en ayudarla –en particular, distribuyendo parte del producto de los rescates en las aldeas.

Jugando con la pobreza y las injusticias

Ciertos intereses internacionales sacan provecho de la fragilidad de las situaciones locales. El terrorismo no surge como consecuencia de las diferencias entre religiones ni entre Estados, y no puede reducirse a simples actos de enfermos mentales; tiene sus raíces en la pobreza y el

empobrecimiento crecientes de ciertas regiones y/o categorías de poblaciones (especialmente desde que se han venido acelerando los procesos de globalización a finales de los años ochenta) que permiten reclutar a personas fáciles de manipular. Las poblaciones de los archipiélagos filipinos e indonesios se han visto fuertemente afectadas por las últimas crisis económicas y políticas –con incrementos drásticos en los precios de la energía o del teléfono (del 6% a más del 20%) y un desempleo que afecta a casi la mitad de la población activa–. En un contexto internacional desestabilizador, dominado por un capitalismo neoliberal globalizado, las frustraciones y los odios se acumulan ante las injusticias, la corrupción, los abusos por parte de los poderes (tanto a escala nacional como internacional). Estas realidades que no pueden pasarse por alto constituyen las raíces profundas que alimentan el terrorismo.

En este contexto, los “enclaves turísticos” promovidos por las autoridades dan a ciertas poblaciones la impresión de responder al dominio de poderes extranjeros que se imponen, pasando por alto su malestar –y que a menudo mantienen una filiación directa con el pasado colonial reciente–. Serán los turistas quienes materializarán estos poderes hasta entonces invisibles a nivel local.

Cuando lo internacional viene a desestabilizar lo local

El atentado de Kuta (12 de octubre de 2003) en la isla de Bali, enclave hinduista en medio de un archipiélago musulmán, reputada por su tolerancia y por la calidad de su trato al turista, anuncia la ofensiva de la Jemaah Islamiyah, de la red Al Qaeda del sureste asiático.⁷ El atentado –cuyo costo se evalúa en unos 30,000 euros– fue dirigido en contra de una discoteca popular y un restaurante contiguo, un sábado en la noche, hacia las 23 horas. El mensaje era claro. El sureste asiático se convirtió así en un nuevo frente activo para el terrorismo internacional, flexible y móvil, y que tiene especial predilección por los sitios turísticos.

El objetivo de este atentado era simultáneamente el de atacar a Australia (y de manera más general a los occidentales fuera de su territorio: en él perdieron la vida 90 australianos, y entre los 202 muertos y 300 heridos estaban representados alrededor de veinte nacionalidades) y debilitar al gobierno indonesio. La isla de Bali genera 3,000 millones de euros, o sea casi la mitad de los ingresos turísticos del país. La crisis turística que marcó el año 2003 se tradujo en la pérdida de 15,000 empleos de todo tipo (desde el personal hotelero hasta las masajistas en las playas) y sus principales víctimas fueron los trabajadores javaneses, de confesión musulmana, quienes se habían instalado en Bali para aprovechar las oportunidades económicas del turismo. El recelo hacia los musulmanes, en el fondo de crisis económica, es fuente de tensiones latentes –dando los violentos conflictos étnicos y religiosos origen a la mayor parte de las acciones terroristas del momento–, mientras que las políticas de seguridad encabezadas por fuerzas policíacas particularmente corruptas contribuyen a incrementar la vulnerabilidad de estos lugares. Es, por consiguiente, sobre la totalidad de estos ingredientes que las redes transnacionales pretenden apoyarse en busca del poder. De ahí que sitios turísticos internacionales de primer orden en el plano económico, tales como Kuta, constituyan piezas clave dentro de semejante estrategia. De la eficacia de las medidas que se tomen para brindar seguridad a estos lugares y del retorno de los turistas depende por lo tanto el futuro de Kuta.

Los intereses del poder en torno al turismo y la complejidad de las estrategias

Son complejos los intereses que gravitan en torno del turismo: herramienta para el desarrollo, para la conquista de márgenes territoriales en disputa, escaparate modelo que un poder desea difundir (como en el caso de Filipinas). Estos lugares constituyen el blanco favorito que polariza las tensiones sociales y las reivindicaciones étnicas o religiosas.

Poco analizadas hasta la fecha, ciertas estrategias de conquista del poder a escala local recurren también al miedo que suscita el “otro”, ese extranjero –con frecuencia un turista– que encarnará todos los males. En este caso también, los turistas que vacacionan ingenuamente en un lugar que les parece exótico, “pintoresco”, pueden verse involucrados en embrollos relativamente complejos. Este tipo de situación se presenta, sobre todo, en el marco de territorios que son residuos coloniales, como las posesiones francesas del Caribe o del Pacífico. A este respecto, es muy significativo el caso del municipio de Sainte-Anne, al sur de Martinica. Este municipio, dirigido por un núcleo independentista, es uno de los principales centros turísticos de la isla. La bandera de Martinica ondea en la fachada del palacio municipal, así como en los principales sitios de acceso al pueblo, y la dramatización patrimonial se empeña en subrayar el doloroso pasado de estos lugares (esclavismo y colonialismo), un pasado complejo y todavía ampliamente ignorado por las autoridades francesas. La paradoja reside aquí en el hecho de que un municipio que se proclama “independentista” viva a fin de cuentas del turismo, de una dependencia con respecto a esta monoactividad (al lado de algunas actividades primarias residuales). Los discursos políticos mantienen esta imagen de un “otro” temido –y “detestado”, podría decirse–, alimentando un constante abismo entre los turistas –franceses, en su amplia mayoría– y una población local temerosa y distante. Se mantienen todas las condiciones para que no tenga lugar el encuentro. En cuanto al “otro”, el extranjero de paso, los signos exteriores escenificados por el poder local, así como la frialdad de la sociedad local, lo disuaden de acercarse a ésta. Ante la falta de interés por parte de las poblaciones locales, son en amplia medida las personas no originarias del municipio, las que organizan las actividades comerciales relacionadas con el turismo. En el territorio municipal, el turismo se limita a algunos establecimientos que proporcionan hospedaje en ambos lados del pueblo; los ingresos del municipio provienen básicamente de los impuestos sobre la renta y de los impuestos prediales de estos establecimientos. El turismo constituye aquí una fuente de ingresos –que podría mejorarse considerablemente si esta actividad estuviese más integrada a la vida del municipio– y un objeto en torno del cual gravitan los intereses del poder: el temor y la distancia con respecto al “otro” mantienen una estrategia de conquista del poder local.

SEGURIDAD Y PODERES, EL ENCLAVE TURÍSTICO COMO BALUARTE

Habida cuenta del actual contexto internacional y de la inestabilidad de numerosas regiones, la apertura turística supone, al parecer, la creación de establecimientos reconocidos que cuenten con dispositivos de seguridad. En un marco territorial aleatorio, que enfrenta ya sea crisis sociales recurrentes o una inseguridad cotidiana, por ejemplo en Jamaica y otras islas caribeñas caracterizadas por el tránsito de drogas y un creciente consumo local –con una pequeña delincuencia específica de drogadictos en busca de dinero–, se impone el enclave turístico localmente cerrado, pero abierto al sistema turístico internacional.

Las lógicas del enclave turístico

El enclave turístico cerrado, creado a partir de la nada (véase MIT, 2002, pp. 211-229), tiene predilección por las penínsulas abiertas al mar (Varadero en Cuba, Nusa Dua en Bali) o por las pequeñas islas litorales (los archipiélagos cubanos, Cozumel en México, Riau en Indonesia). Al contar con un aeropuerto en las proximidades, de preferencia con vuelos internacionales, estos sitios se hallan de alguna manera aislados del resto del territorio de acogida: la frontera se encuentra materializada, no sólo por barreras, alambrados, etc., sino también a menudo por medio de áreas boscosas que constituyen una especie de glacis o zona tapón (véase figura 1). El sitio concentra las estructuras de recepción: habitaciones, restaurantes, espacios lúdicos y

deportivos (tenis, campos de golf, discoteca) abiertos hacia una playa, que suele ser privada. En estos lugares la presencia autóctona es sumamente reducida, limitándose a algunas élites locales (invitados permanentes) y empleados que suelen dormir ahí mismo durante el tiempo de su contrato. Estos últimos guardan discreción dentro del enclave turístico, y permanecen incluso invisibles fuera de sus horas de servicio –pese a sus muy precarias condiciones de trabajo y de hospedaje–. Para el visitante, trátese ya sea de un autóctono o de un turista ajeno al sitio, el acceso a tales enclaves se encuentra muy reglamentado, los controles de identidad dan lugar a la distribución de gafetes o, incluso requieren de una autorización policiaca.

Se organizan excursiones tierra adentro, ya sea en el marco de circuitos perfectamente delimitados y vigilados que unen entre sí a los principales sitios turísticos, o en ocasión de actividades deportivas (por ejemplo, hacia una montaña cercana). Un servicio policiaco discreto y eficaz expulsa a los sospechosos, y sobre todo a los indeseables que no corresponden a la imagen que se pretende dar.

Estos lugares presentan la ventaja de ofrecer estancias en condiciones de seguridad y sin sorpresas, para las clientelas internacionales que aportan divisas, al mismo tiempo que satisfacen a ciertas categorías de poblaciones locales preocupadas por contener “el riesgo de contagio” que pueden representar estos visitantes. Sin embargo, en estas sociedades fuertemente desiguales, semejantes sitios, calificados localmente como “ghettos para ricos”, tanto nacionales como extranjeros siguen siendo vulnerables y permanecen bajo constante vigilancia.

En el mejor de los casos, el enclave turístico puede constituir una primera etapa en el encuentro con el destino emergente. Cuando se encuentren reunidas las condiciones de seguridad y estabilidad en el país, el turista podrá aventurarse fuera de su reducto. Pero inversamente, si el país se torna inseguro, si se instala la confusión –en el plano nacional o internacional–, este enclave también puede vaciarse y convertirse en un baldío turístico.

Octubre de 2003, Kuta y no Nusa Dua, los motivos de una elección

En el sur de la isla de Bali, los destinos turísticos de Nusa Dua y Kuta, separados uno de otro por unos veinte kilómetros, corresponden a dos modelos opuestos. De construcción más reciente (concebida en los años setenta y abierta al turismo desde finales de los años ochenta), Nusa Dua se extiende a lo largo de una angosta franja de tierra rodeada por el mar. Unido al aeropuerto internacional de Ngurah Rai por medio de una vía rápida (alrededor de diez minutos

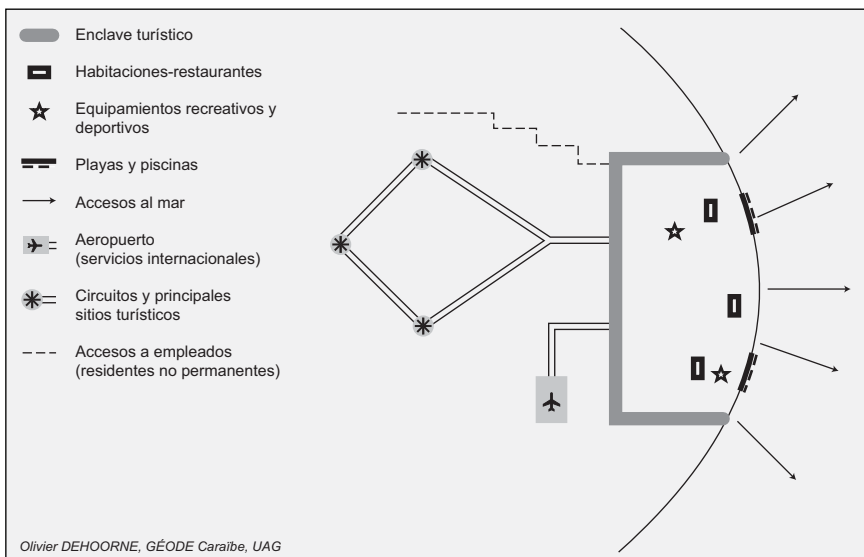


Figura 1. El modelo del enclave turístico

de carretera), el centro turístico de Nusa Dua concentra cerca de 10,000 camas y se dirige a una clientela con un elevado poder adquisitivo, tanto nacional como internacional. Nusa Dua es, por consiguiente, un sitio cerrado y protegido donde se disimulan las élites, un sitio que alimenta los rencores en un país en crisis. Esta base cerrada, “tan inaccesible”, se caracteriza por una doble insularidad: a su insularidad natural, y a su sitio específico en forma de península se agregan estas nuevas barreras concebidas por los diseñadores del proyecto, que lo aíslan y lo protegen.

A diferencia de Nusa Dua, el sitio de Kuta empezó a atraer al turismo desde los primeros decenios del siglo xx; con sus inmensas puestas de sol sobre el mar, las playas de Kuta, descubiertas desde los años treinta (por el norteamericano Robert Koke, quien procedía de Hawai), ofrecen condiciones ideales para los amantes del surf. La pequeña aldea pesquera se convirtió muy pronto en un centro turístico. Hoy en día, Kuta es una ciudad turística (cerca de 25,000 camas de categoría turística), donde pueden encontrarse desde hoteles de lujo hasta pequeñas casas de huéspedes con precios módicos (de 2 a 5 euros la noche), entre los hippies y los surfistas, las muchedumbres australianas, las estrellas hollywoodenses y la juventud javanesa que se funde en este enclave internacional. Kuta es la ciudad de los encuentros, del mestizaje entre sus restaurantes que ofrecen los platillos de todos los países del mundo, y su vida nocturna, en la que se mezclan los turistas occidentales y orientales (principalmente de las metrópolis del noreste).

Pero Kuta también encarna los excesos, el desahogo, con sus sectores ateritoriales donde reinan una libertad y una tolerancia imposibles de encontrar en el resto del país. A Kuta se le conoce localmente como la “Tijuana de Australia”, debido, en particular, a su vida nocturna –bares, discotecas, encuentros– especialmente apreciada por los vecinos australianos que visitan la isla para desahogarse. Así, Kuta había llegado a ser un lugar particularmente vulnerable en la Indonesia de la crisis después de la caída de Suharto, y un sitio altamente simbólico para perpetrar un atentado mortífero y propagandístico, destinado a transmitir un mensaje ideológico a los simpatizantes.

Para sus autores intelectuales, semejantes atentados persiguen múltiples objetivos:

- Se trata de acabar con una fuente de divisas, y la crisis resultante debería de conducir a poner en entredicho la legitimidad del poder establecido.
- Los extranjeros, considerados como “agentes de infección”, abandonan el país.
- Su partida y, posteriormente, la reducción de los flujos turísticos con el paso del tiempo, conducen a aislar progresivamente al país.
- La reducción de la actividad turística se traduce en pérdida de empleos, sean de empleos formales o informales. Se instala así una crisis social.
- Los más afectados son los inmigrantes que se establecieron directamente en el país con el fin de trabajar en el sector turístico, ya que han entrado en vigor políticas discriminatorias que tratan de proteger al máximo a las poblaciones locales. Las tensiones y la desconfianza se agudizan entre los dos grupos y terminan centrándose en sus diferencias (de tipo étnico, religioso) las cuales, a su vez, alimentarán otros conflictos.
- El estado de emergencia conduce a intervenciones enérgicas por parte de las fuerzas militares, las que, en el marco de sus labores de seguridad, cometen atropellos y emprenden una represión a menudo indiscriminada.
- A fin de cuentas, la población indecisa debe optar por uno de los dos campos: ya sea el de los militares, difícilmente controlables, o el de las redes transnacionales, una mafia que suele mostrarse generosa.

El atentado llevado a cabo en un sitio turístico genera una situación explosiva, cuyo balance va mucho más allá de las simples pérdidas inmediatas, ya que su difusión a través de los medios masivos de comunicación le confiere una resonancia considerable en el escenario internacional.

CONCLUSIÓN

La noción de volatilidad de los turistas debe reconsiderarse a la luz de las condiciones de seguridad que prevalecen en los lugares de acogida. Los desplazamientos con fines turísticos se llevan a cabo en un mundo donde impera cierta seguridad. Cuando ocurren crisis internacionales, los flujos se reorganizan inmediatamente en beneficio de aquellos destinos que ofrecen las mejores garantías. En tales condiciones, los enclaves turísticos, gracias a su reconocimiento y a su reputación en el escenario mundial, constituyen una alternativa para aquellos países emergentes que desean permanecer conectados al sistema turístico mundial.

La ignorancia y el desconocimiento del visitante con respecto de las realidades locales dan lugar a amalgamas cómodas; sin embargo, este turista que abandona temporalmente su espacio cotidiano (Jafari, 1988) para vivir nuevas experiencias, por motivos de placer, fuera de su marco de vida habitual, no es ni un periodista, ni un antropólogo: de ahí que se encuentre muy expuesto a la propaganda y a los mensajes –en ocasiones caricaturescos– de los medios masivos de comunicación. Pero no tiene motivo alguno para exponerse a situaciones aleatorias. Un destino emergente que realice esfuerzos en términos de promoción, con vistas a atraer nuevos visitantes, debe garantizar condiciones adecuadas de seguridad en general. El turista viaja a través de un mundo en paz, y todo riesgo para su seguridad o su salud lo conduce a revisar su selección de estos destinos. Pese a las voluntades políticas de apertura de los territorios en el marco de la liberalización de las economías, en el espacio turístico se van perfilando nuevas fronteras entre aquellas regiones que ofrecen condiciones adecuadas de seguridad, y aquellas naciones que sólo ejercen un débil control sobre su espacio y que son, a veces, incapaces de tomar las medidas pertinentes ante el surgimiento de disturbios internos o de acciones terroristas internacionales. Los sitios turísticos emergentes de los países del sur constituyen periferias inestables. Sus progresos, frágiles e inconstantes, pueden quedar en entredicho ante las tensiones locales o internacionales.

Sin tener conciencia de la amplitud de los intereses que gravitan en su entorno, el turista llega a ser el centro de estas luchas, a través de la imagen que transmite y del papel que los poderes locales o internacionales pretenden atribuirle. Los atentados en los sitios turísticos constituyen la expresión extrema de esas voluntades de conquista del poder; esas estrategias, de gran complejidad, comprenden distintas formas de violencia, desde la simple propaganda hasta el atentado mortífero. Los frentes de insurrección y rebelión en el sureste asiático ilustran dicha complejidad: nuevas redes terroristas sacan provecho de la pobreza y de la brutalidad de las últimas crisis que han venido a desestabilizar a estas sociedades, dejando desamparadas importantes franjas de estas poblaciones, en particular la de los jóvenes.

En términos más generales, en estos territorios inestables que son escenario de enfrentamientos entre los distintos poderes, el turismo constituye un sector vulnerable por excelencia. Dependiendo de sus éxitos o fracasos, será sinónimo de apertura o de cierre del país, de empleos y de perspectivas de enriquecimiento de la economía, o al contrario, de inversiones perdidas; los poderes establecidos se apropian de los éxitos del turismo, de los cuales hacen alarde cuando reciben invitados de renombre (como en el caso de la reunión de la OMC, en el enclave turístico de Cancún, México, en 2003). Inversamente, para los movimientos extremistas, o simplemente de oposición, estos sitios están llamados a poner de relieve las fallas o los fracasos del poder establecido y/o pueden servir como trampolín para acceder al escenario internacional.

Analizado desde esta perspectiva, el turista aparece como una simple pieza en un vasto tablero. Y la enorme difusión que otorgan los medios masivos de comunicación a los acontecimientos que afectan a este ciudadano fuera de su país, lo transforma en un blanco potencial dotado de un elevado valor simbólico.

NOTAS

- 1 "Las relaciones de poder no son solamente las que los aparatos de Estado ejercen sobre los individuos, sino también la que el paterfamilia ejerce sobre su mujer y sus hijos, el poder que ejerce el médico, el poder que ejerce el notable, el poder que el patrón ejerce en su fábrica sobre sus obreros". M. Foucault, p. 379.
- 2 "[...] el conflicto Norte-Sur no se apagará. Será preciso crear nuevas formas de dominación para que los sectores privilegiados de la sociedad industrial occidental conserven un control sustancial sobre los recursos, los hombres y las materias primas del planeta, y se adueñen de una parte desproporcionada de éstos. En tales condiciones no es de sorprenderse que la reconstrucción ideológica en los Estados Unidos tenga un importante eco en la totalidad del mundo industrial. [...] Sin embargo, para la ideología occidental es una necesidad absoluta el que se plantee un inmenso abismo entre el Oeste civilizado, tradicionalmente comprometido con una dignidad humana, con la libertad, la autodeterminación, y la brutalidad bárbara de quienes, por algún motivo –quizá unos genes defectuosos– no logran apreciar todo el valor de este compromiso histórico". Noam Chomsky (1982), *Towards a New Cold War: Essays on the Current Crisis and how we Got there*, New York, Pantheon, pp. 84-85. Citado y traducido al francés en la obra de Edward W. Said (2000), *Culture et impérialisme*, Paris, Fayard, *Le Monde diplomatique*; véase p. 397.
- 3 Si bien los poderes coinciden hoy día en señalar listas de organizaciones, no se hallan en condiciones de proponer la menor definición del término "terrorismo". Por nuestra parte, nos basamos en la definición del FBI de 1981: "El terrorismo consiste en un uso ilícito de la fuerza y la violencia en contra de personas o de bienes, con el fin de intimidar o de presionar a un gobierno, a la población civil o a una parte de ésta, en la persecución de objetivos políticos o sociales".
- 4 En 2003, los gastos militares de los EE.UU. representaron el 40% de los gastos mundiales, lo cual fue equivalente a la totalidad de los presupuestos militares de las quince naciones restantes con mayores gastos militares (fuente: Smith, 2003).
- 5 Léase a este respecto el artículo de Gianni Minà, "Cuba, le syndrome de l'île assiégée" [Cuba, el síndrome de la isla sitiada], *Le Monde diplomatique*, junio de 2003, p. 8.
- 6 Estos atentados pueden estar dirigidos en contra de sitios turísticos más antiguos situados en los países occidentales, como fue el caso de los dos atentados de la ETA en las estaciones balnearias de Alicante y Benidorm (12 heridos; 22 de julio de 2003).
- 7 El movimiento Jemaah Islamiyah es "guiado" por el ideólogo Abú Bakar Bashir, de origen yemenita. Encarcelado bajo el régimen de Suharto, Bakar Bashir retornó a Indonesia tras la caída de este régimen y fundó el MMI o Consejo Indonesio de los Mujahidins, en Yogyakarta, cuyo proyecto consiste en reorganizar un amplio estado islámico que abarque a los sultanatos islamizados antes de la llegada de los europeos.

BIBLIOGRAFÍA

- Castells Manuel 1999 - *Fin de millénaire*. Fayard, 492 pp.
- Cazes Georges 1992 - Les nouvelles colonies de vacances? Le tourisme international à la conquête du Tiers-Monde, tourisme et Tiers-Monde, un bilan controversé. *Collection Tourismes et sociétés*, 2 vols. L'Harmattan, Paris.
- Choeng S-M & M-L Miller 2000 - Power and Tourism. A Foucauldian Observation. *Annals of Tourism Research*, 27 (2): 371-390.
- Dehoorne Olivier 2002 - Tourisme, travail, migration: interrelations et logiques mobilières. *Revue Européenne des Migrations Internationales*, 18 (1): 7-36.
- Dehoorne Olivier & Alexandru Ilies 2002 - Tourisme et soutenabilité : enjeux et perspectives. *Actes du Forum: les enjeux du développement durable*: 97-102. Orcades, Poitiers.
- Equipo MIT 2003 - *Tourismes I. Lieux communs*. Belin, 320 pp.
- Foucault Michel 1994 - *Dits et écrits I, 1954-1975*. Gallimard, 1310 pp.
- Gay Jean-Christophe 2000 - Deux figures de retranchement touristique : l'île hôte et la zone franche. *Mappemonde* 59.
- Harrison D. (ed.) 1992 - *Tourism and the less Developed Countries*. Belhaven Press, 186 pp.
- Kadt (de) Emmanuel 1980 - *Tourisme. Passeport pour le développement?* Économica, Paris, 345 pp.
- Jafari Jafar 1988 - Le système du tourisme : modèles socio-culturels en vue d'applications théoriques et pratiques. *Loisirs et Société* 11 (1) : 59-80.
- Laplante Marc 1997 - *L'expérience touristique contemporaine. Fondements sociaux et culturels*. Presses de l'Université du Québec, Sainte-Foy, 189 pp.
- Michaud Jean-Luc 1992 - *омт. Aperçu mondial et actualité touristique*. Édition annuelle.
- Said Edward W 2000 - *Culture et impérialisme*. Fayard-Le Monde diplomatique, Paris, 558 pp.
- Smith Dan 2003 - *The Atlas of War and Peace*. Earthscan, London, 128 pp.
- Todorov Tzvetan 2003 - *Le nouveau désordre mondial. Réflexion d'un Européen*. Robert Laffont, 112 pp.
- Williams Allan M. & Vladimir Balà 2002 - Mobilité internationale en Europe centrale : touristes, commerçants et migrants. *Revue européenne des migrations internationales* 18 (1): 37-65.